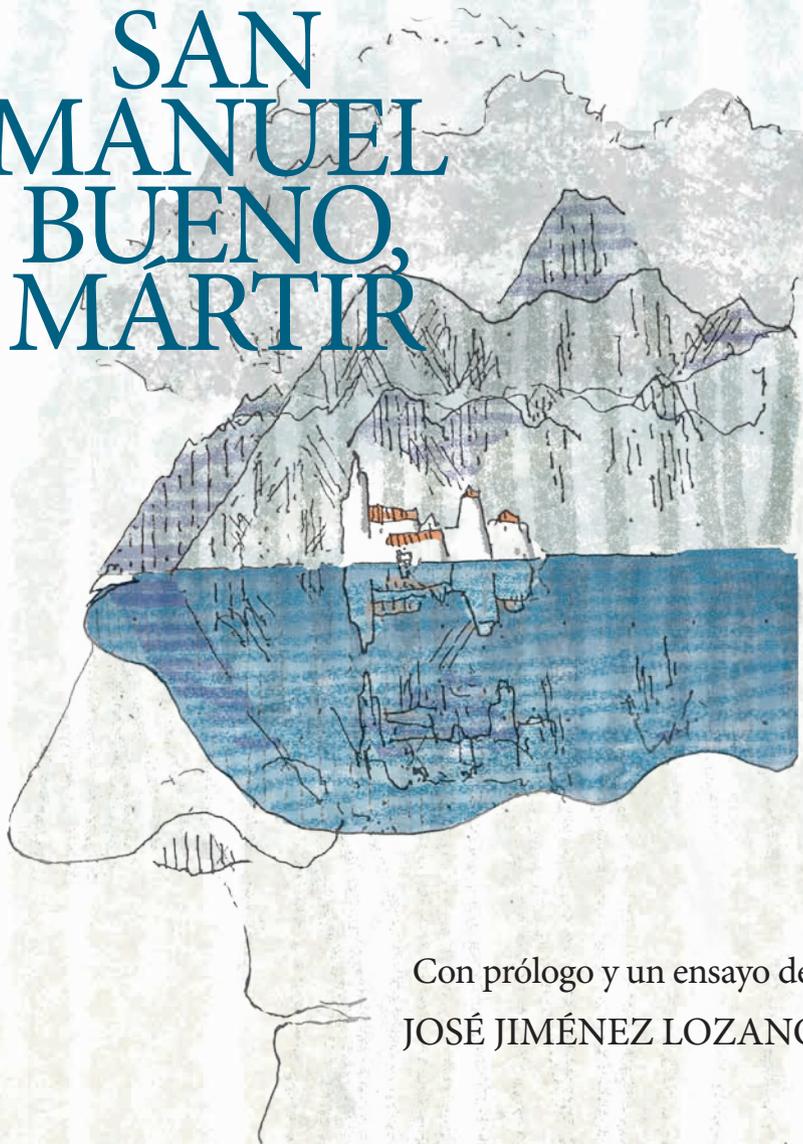




MIGUEL DE UNAMUNO

# SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR



Con prólogo y un ensayo de  
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO



Literaria

25

Serie dirigida por Guadalupe Arbona



Miguel de Unamuno

San Manuel Bueno,  
mártir

Edición a cargo de Raúl E. Asencio Navarro

Ilustraciones de Guillermo Alfaro, *Guilmo*



© de la presente edición: Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2021  
© del prólogo: José Jiménez Lozano  
© del texto «Personas y lugares en *San Manuel Bueno, mártir*»:  
Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2008  
© de las ilustraciones (incluye la de la cubierta): Guillermo Alfaro

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid  
Impresión: Cofás-Madrid  
ISBN: 978-84-1339-055-0  
Depósito Legal: M-1961-2021  
*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro  
Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607  
[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

Nota a la edición.....	7
Prólogo.....	11
SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR.....	15
Prólogo a <i>San Manuel Bueno, mártir y tres historias más</i> ....	71
Personas y lugares en <i>San Manuel Bueno, mártir</i> .....	89



## NOTA A LA EDICIÓN

José Jiménez Lozano cuenta en su diario *Los tres cuadernos rojos* que, siendo niño, leyó que en su libro de texto se decía que Unamuno era digno de «cola y cincha jumental» y que aquel imperio no hizo más que azuzar su rebeldía y su complicidad con el autor vasco. «Y quedé envenenado para siempre», dice también. Empezaba entonces un diálogo que Jiménez Lozano mantuvo durante décadas y que creció en torno a toda su obra, pero en especial a la novela que traemos hoy aquí, *San Manuel bueno, mártir*. El conversar del escritor castellano con la novela ha sido irregular y ha pasado de la admiración por haber conseguido una obra que refleje con tino un drama de fe a la certeza de que la obra de Unamuno no sostiene ningún conflicto espiritual.

Este libro busca dejar constancia del encuentro de dos hombres alrededor de una cuestión palpitante como lo es la de Dios. Esta edición, que se basa en la versión que Espasa Calpe reeditó en 1933, incluye un prólogo de José Jiménez Lozano y aun otros dos textos anejos que dan cuenta de la mentada relación literaria y existencial. El primero de ellos es

la introducción que el propio Miguel de Unamuno escribió para la edición de *San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más* que vio la luz en 1933. El segundo es la conferencia que José Jiménez Lozano pronunció con motivo de su nombramiento Doctor Honoris Causa en la Universidad Francisco de Vitoria en 2008, cuyo título es «Personas y lugares en *San Manuel Bueno, mártir*».

Las ilustraciones que acompañan la novela buscan traducir pictóricamente la galería de imágenes que Miguel de Unamuno construye en el texto. El lago y la montaña, el pueblo como broche entre ellos, la antigua villa sumergida, las nubes que tapan la vista de las cumbres, etc. Ello se confunde o conforma el rostro del protagonista.

Estas ilustraciones tienen como hilo conductor las relaciones de Manuel con el resto de personajes, y vienen complementadas con un extracto de la novela que dirige la mirada por la ilustración para facilitar la comprensión del sistema de imágenes que conforma el autor.

La interpretación de José Jiménez Lozano de esta novela como *las tristezas de un racionalista* es lo que introduce la retícula de rombos que está siempre de fondo, un sistema al que todo se refiere aunque no se acaba de ajustar nunca del todo. Una cristalización en forma de romboides, que está erosionada y suavizada por el tiempo y la costumbre, pero subyace rígidamente a todo, sin permitir la entrada de ninguna fuerza generadora más allá de aquella que le dio origen.

La referencia visual de estas líneas oblicuas es el trabajo del arquitecto francés Eugène-Emmanuel Viollet-le-Duc para documentar el macizo del Mont Blanc. Éste afirmaba que

toda la morfología de la mole rocosa estaba regulada por una forma cristalina que seguía un patrón rombédrico, originada por una gran sacudida inicial.





## PRÓLOGO

Durante unos cuantos años, la breve e intensa novela de Miguel de Unamuno *San Manuel Bueno, mártir* fue de obligatoria lectura en el bachillerato, y luego sustituida por *El árbol de la ciencia*, de Baroja, y pareció a muchos —y parece que incluso oficialmente— una lectura más acorde con los tiempos, ya que el barojiano está relacionado con la ciencia mientras que en la novela unamuniana se muestra de manera central un discurso en relación con el universo religioso, y este hecho está prohibido por la cultura de nuestro tiempo. Es decir, pertenece, como ha mostrado Eric Voegelin, a las prohibiciones de preguntas al margen de la realidad decididas por el sistema del pensar mismo. De modo que no tiene relevancia alguna el que *San Manuel Bueno, mártir* sea no una narración en relación con una duda religiosa o una pregunta existencial, sino la crisis y preguntas de un racionalista de finales del siglo XIX y principios del XX.

La preocupación central del protagonista, el cura don Manuel Bueno, es ciertamente la de ser una especie de terapeuta social que no tiene fe y la simula para consolar a los demás, sus pobres fieles, de quienes piensa que necesitan creer en la mentira religiosa para no desesperar del vivir. Aunque resulta verdaderamente interesante que, cuando recita el credo con esos

sus fieles, él calle cuando se hace referencia a la resurrección de los muertos, que había resultado una alusión igualmente prohibida, cuando San Pablo la hizo ante los filósofos griegos, y, sin duda, es piedra de toque también para don Manuel Bueno, pese a su propia increencia; y, como digo, prohibida está cualquier pregunta o alusión para nuestra cultura, porque es pregunta sobre el sentido de la existencia humana, y esta existencia ya se ha decidido que no tiene más sentido que el que la ciencia define, o muestra la naturaleza humana que es puramente política. Ni siquiera hay un hombre, sino un ciudadano.

Podría decirse, entonces, que el llamado «hombre moderno» ha escapado a todos los condicionamientos del nacer y el morir, la paternidad o maternidad, afectos, ligazón con los padres y una patria, la historia común, valores y leyes, y se realiza en la anomia moral y, como hombre pleno y total, en esa su naturaleza exclusivamente política. Pero no puede hacerse preguntas fuera de esta realidad descrita, y ya se ha tenido la precaución de negar el sentido o la significatividad más allá de lo empírico, entendiendo su simple mención como una vuelta a un tiempo pre-científico y, por lo tanto, de humanidad disminuida y no evolucionada.

En el plano literario, Michel Ignatieff ha explicado muy bien que estamos liberados de toda pregunta religiosa y existencial —el grupo de Bloomsbury decía estar aterrado ante la sola idea de que Eliot rezase— y el escritor moderno no deberá narrar nunca una vida feliz de otro tiempo o de las gentes del campo, porque es la no-vida que don Carlos Marx aseguraba que es la vida de la aldea. Solo existe la ciudad o la urbe, y la literatura debe estar ahí para llenar los huecos todavía sin

llenar y esperanzas sin cumplir, pero cuya segura plenitud y cumplimiento debe estar en la literatura y en el arte.

Kandinsky nos dijo que oyó un día de aquel tiempo en el que los camaradas llevaban a los pobres campesinos para juzgar el arte de las sospechosas minorías, que unos campesinos estaban como absorbidos por el resplandor de los colores y aseguraron que les recordaba a los iconos, y Kandinsky se puso contento, pese a que, para los camaradas aquella comparación solo era producto de la ignorancia, de manera que Kandinsky no debió de haber preguntado. No se puede preguntar, y Voegelin subraya que en Nietzsche y en Marx, la prohibición de preguntar es categórica y orgullosa.

Pero el corazón del hombre es obstinado, y no se ajusta a las leyes de la psicología ni de sociología, como el estómago no se ajustaba a los planes quinquenales ni el sexo a sus estudios ni a su explotación científica, como Freud le escribió a Wittels. Pero inteligencia y corazón no pueden pensar y sentir, escribir y hacer arte, si no hay preguntas, si no se celebra la hermosura de lo que es y la alegría de vivir o se alza un poco la carga de nuestros pesares, en una absoluta libertad.

Las preguntas sobre el vivir y el morir, el amor, la belleza o la risa, y el rechazo del triunfo de la muerte no pueden enjaularse sencillamente. Y éstas son preguntas que el racionalista don Manuel Bueno se hacía, y no tenía más remedio que hacerse, sencillamente porque no quería morir, lo que podrá ser una patología; pero si ahí le duele y ahí le enferma o le altera en su ser, algo con la realidad tiene que ver, y la no pregunta se mire como se mire, es una represión. Esto es, un hombre, el hombre de siempre, no puede vivir en la casa de Hegel y el llamado hombre moderno hace ya un tiempo que

vive en ella, sin hacer preguntas que no están en el contrato de la modernidad, y tiene que reprimirse. De manera que un cuco oído de repente puede trastornarle, y tiene que pensar que no hay cucos; ni debe dar vueltas al molino de los adentros, como don Manuel, pero aquel cu-cú y ese moler dudas y esperanzas son la vida. O sea, literatura.

José Jiménez Lozano

SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR



*Si solo en esta vida esperamos en Cristo, somos  
los más miserables de los hombres todos.*

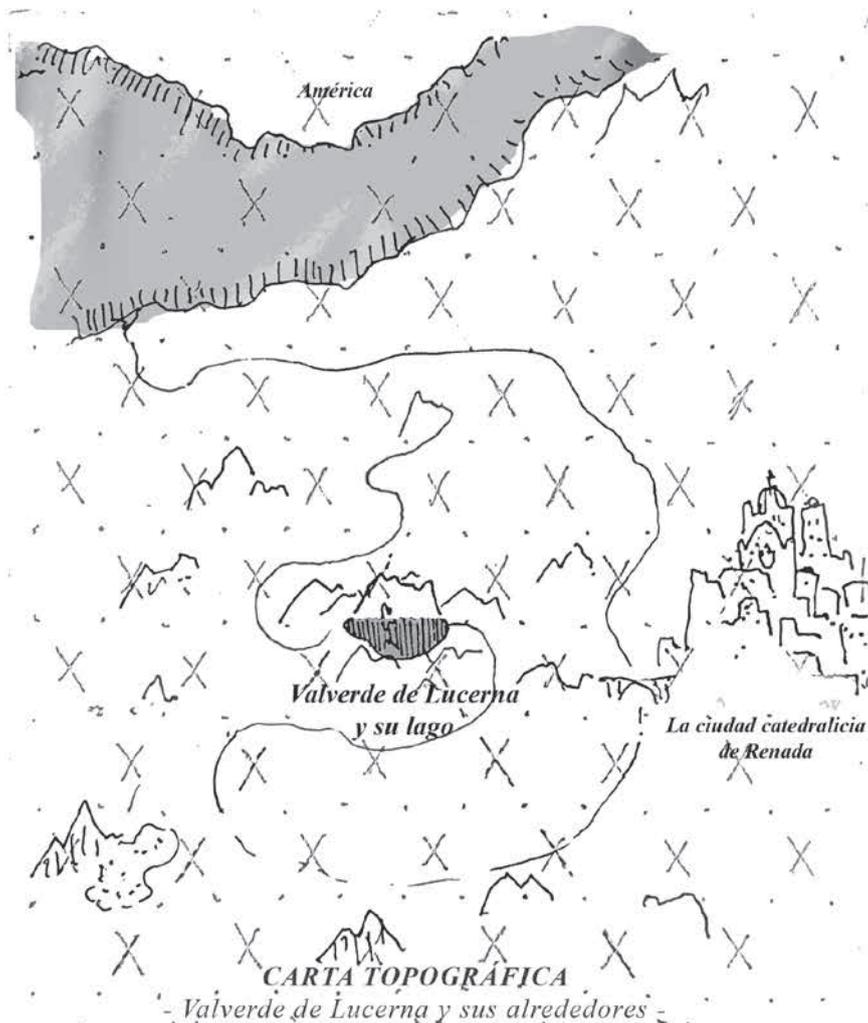
(San Pablo: Cor., 1, 15, 19)

Ahora que el obispo de la diócesis de Renada, a la que pertenece esta mi querida aldea de Valverde de Lucerna, anda, a lo que se dice, promoviendo el proceso para la beatificación de nuestro don Manuel, o, mejor, san Manuel Bueno, que fue en esta párroco, quiero dejar aquí consignado, a modo de confesión y solo Dios sabe, que no yo, con qué destino, todo lo que sé y recuerdo de aquel varón matriarcal que llenó toda la más entrañada vida de mi alma, que fue mi verdadero padre espiritual, el padre de mi espíritu, del mío, el de Ángela Carballino.

Al otro, a mi padre carnal y temporal, apenas si le conocí, pues se me murió siendo yo muy niña. Sé que había llegado de forastero a nuestra Valverde de Lucerna, que aquí arraigó al casarse aquí con mi madre. Trajo consigo unos cuantos libros, el Quijote, obras de teatro clásico, algunas novelas, historias, el Bertoldo, todo revuelto, y de esos libros, los únicos casi que había en toda la aldea, devoré yo ensueños siendo niña.

Mi buena madre apenas si me contaba hechos o dichos de mi padre. Los de don Manuel, a quien, como todo el mundo, adoraba, de quien estaba enamorada —claro que castísimamente—, le habían borrado el recuerdo de los de su marido. A quien encomendaba a Dios, y fervorosamente, cada día al rezar el rosario.

De nuestro don Manuel me acuerdo como si fuese de cosa de ayer, siendo yo niña, a mis diez años, antes de que me llevaran al Colegio de Religiosas de la ciudad catedralicia de Renada. Tendría él, nuestro santo, entonces unos treinta y siete años. Era alto, delgado, erguido, llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta y había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago. Se llevaba las miradas de todos, y tras ellas, los corazones, y él al mirarnos parecía, traspasando la carne como un cristal, mirarnos al corazón. Todos le queríamos, pero sobre todo los niños. ¡Qué cosas nos decía! Eran cosas, no palabras. Empezaba el pueblo a olerle la santidad; se sentía lleno y embriagado de su aroma. Entonces fue cuando mi hermano Lázaro, que estaba en América, de donde nos mandaba regularmente dinero con que vivíamos en decorosa holgura, hizo que mi madre me mandase al Colegio de Religiosas, a que se completara fuera de la aldea mi educación, y esto aunque a él, a Lázaro, no le hiciesen mucha gracia las monjas. «Pero como ahí —nos escribía— no hay hasta ahora, que yo sepa, colegios laicos y progresivos, y menos para señoritas, hay que atenerse a lo que haya. Lo importante es que Angelita se pula y que no siga entre esas zafias aldeanas». Y entré en el colegio, pensando en un principio hacerme en él maestra, pero luego se me atragantó la pedagogía.



*"(...) Y cómo me llama, esa agua que con su aparente quietud -la corriente que va por dentro- espeja el cielo.  
Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual; pero que  
vivan ellos, que vivan los nuestros!" Y luego añadió: "Aquí se remansa el río en lago; para luego, bajando a  
la meseta, precipitarse en cascadas, saltos y torrenteras por las hoces y encañadas, junto a la ciudad, y así  
se remansa la vida aquí, en la aldea. Pero la tentación del suicidio es mayor aquí, junto al remanso que  
esoeja de noche las estrellas, que no junto a las cascadas que dan miedo (...)"*

«Las preguntas sobre el vivir y el morir, el amor, la belleza o la risa, y el rechazo del triunfo de la muerte no pueden enjaularse sencillamente. Y éstas son preguntas que el racionalista don Manuel Bueno se hacía, y no tenía más remedio que hacerse, sencillamente porque no quería morir, lo que podrá ser una patología; pero si ahí le duele y ahí le enferma o le altera en su ser, algo con la realidad tiene que ver, y la no pregunta se mire como se mire, es una represión» (José Jiménez Lozano).

Cuenta Jiménez Lozano en *Los tres cuadernos rojos* que, siendo niño, leyó en su libro de texto que Unamuno era digno de «cola y cincha jumental». Aquel impropio despertó su interés y complicidad con el autor vasco, iniciando así el diálogo que, durante décadas, mantendría con la obra de Unamuno, particularmente con *San Manuel Bueno, mártir*. El conversar del escritor castellano con la novela ha sido irregular y pasó de la admiración por un texto que reflejaba con tino un drama de fe a la certeza de que la obra de Unamuno no sostiene ningún conflicto espiritual.

El presente libro busca dejar constancia del encuentro literario de dos hombres en torno a cuestiones palpitantes como lo son Dios, la fe y la razón.



ISBN: 978-84-1339-055-0



9 788413 390550